

**EL VELO DE ISIS**  
**LAS MIL Y UNA NOCHE OCULTISTA**  
**Levantando los Velos**

Si leemos en la Biblia el Antiguo Testamento, encontramos infinitos mensajes y normas para reforzar y potenciar nuestros cimientos morales.

El libro del Éxodo, podría ser el símbolo de las personas que observan su estado de esclavitud y desean liberarse de él, cruzando el simbólico “Mar rojo”, sentimientos-pasiones.

Los Proverbios, son consejos sugerentes ante distintas emociones que el ser humano puede sentir y encuentra en ellos respuestas.

El libro de la Sabiduría, en cambio, afirma sin sugerir, pues habla de la importancia de esa capacidad humana, que todos tenemos para adquirir sapiencia. De ahí cualquiera de los libros sapienciales que se recomiendan en cualquier momento, incluso en el mundo de la Filosofía, escritos para la Humanidad desde siglos antes de Jesucristo.

Los Apólogos que hemos venido utilizando, desde el primer capítulo al actual, habréis observado que no aconsejan, únicamente cuentan, para que cada uno de nosotros observe lo ocurrido y de acuerdo con su conciencia y consciencia, decida como actuaría en esos momentos.

Así pues, no podemos olvidar que somos seres totalmente libres, la esclavitud se abolió hace ya años, aunque a veces y sin darnos cuenta somos esclavos de tendencias, situaciones, sentimientos y emociones, que nos impiden actuar, siendo conscientes que podemos elegir y optar por el consejo eterno: - al otro como a ti mismo - y nos quedamos en el otro sin pensar en nosotros mismos, y sin tener en cuenta que no es egoísmo ni narcisismo ocuparte de ti mismo, ya que cuanto mejor estés tu, mayor será la calidad de la atención y el amor a los otros.

Nuestra intención es recordarnos a vosotros y a nosotros mismos, que es de nuestra vida de la que tenemos que dar cuenta, a pesar de que la sociedad en la que nos movemos, nos empuja a vivir la vida de los demás. Seamos seres conscientes de nuestros valores, que como cimientos mantendrán nuestra casa- esto es, nuestra vida- firme y segura, porque la cuidaremos y mantendremos en paz y armonía, con la serenidad de nuestras acciones.

Sinceramente y de todo corazón, os lo desea

C.E.A.

**EL VELO DE ISIS**  
**Capítulo XXIII**

**Termina el Libro de los barberos y comienza y termina el de los apólogos**

El mendigo Schacabac en el palacio del Baramecida.–La cena de las burlas.–¡Todo lo allana la virtud de la paciencia!–Hondísimo significado de esta historieta simbólica.–Final de la fábula del jorobadito.–El “hombre silencioso” saca la espina de la garganta del jorobado, restituyéndole la vida.–Comentarios generales al libro de los siete barberos.–El apólogo en Las mil y una noches.–La oca y los pavos reales.–El alción y la tortuga.–Los tres amigos.–El cuervo y el gato de Algalia.–La astucia de un visir.–Las babuchas fatídicas.–El cadi y el “buche” o jumentillo.–Ojeada general sobre el apólogo.

Hemos dejado para este capítulo los dos momentos más culminantes de la “Historia del jorobadito” por merecernos especial consideración. Entrambos tienen un sello particular que les hace destacarse con genial relieve. En el primero, o séase la famosa “Cena de las burlas”, el barbero dice así:

### **Historia del sexto hermano del barbero.**

–Schacabac, mi sexto hermano, el de los labios partidos, había venido tan a menos que se vio reducido a pedir limosna de puerta en puerta.

Una vez llegó así hasta el real palacio del Baramecida, quien dió orden de que le subiesen a sus propias habitaciones. Ya en ellas, el ilustre prócer le preguntó por la desgracia que le aquejaba. He aquí el relato, según el que mi hermano me hizo:

–¡Soy pobre, señor, y tengo mucha hambre, pues que desde anteayer no me he llevado nada a la boca! –le dije.

–¿Es posible que tal suceda en mi reino? –exclamó Baramecida con grandes demostraciones de asombro–. ¿Cabe que nadie en él se muera de hambre?

Y cuando yo esperaba que diese la orden de que me trajeran algo para comer, vi con espanto que decía simplemente:

–¡A ver, que le traigan en seguida a este hambriento agua y jabón para que se lave las manos!... –Y sin que nadie viniese ni trajese nada, le vi hacer todos los movimientos como del que se lava las manos antes de la comida. El caso peregrino aquel no dejaba de extrañarme.

–Y mi extrañeza subió de punto –continuó diciendo Schacabac– cuando le oyó ordenar que trajese la comida para él y para aquel buen hombre, y se puso a comer con muestras del mejor apetito, pero sin que yo viese mesa, platos, manjares ni otra cosa alguna.

–Coma usted, huésped querido, y obre con igual libertad que en su casa. Me parece que, para estar tan hambriento, come demasiado poco.

Yo, aunque temía fuese todo aquello una mera burla de las que acostumbraban a tener los grandes con los menesterosos, temiendo irritarle y que me fuese peor, seguí la broma aparentando que comía y bebía también con la mayor de las complacencias.

–¿Qué dice usted del pan? Es excelente. ¿Qué le parece este segundo vino? ¿Por qué no se sirve usted más de este exquisito pollo? –continuaba diciendo naturalísimamente Baramecida, como si realmente nos estuviésemos hartando con el mejor de los banquetes.

Pero si él hacía bien su papel, no menos bien seguía yo haciendo el mío. Así comieron sin comer platos y más platos, a cual más delicados, según las ponderaciones de Baramecida, platos, ora de sollo, ora de ganso, ora de ensalada y

de carnero, que yo aparentaba engullir con el mayor deleite, como las frutas, dulces y pasteles de mil clases que vinieron sin venir después. Con los vinos y licores pasó otro tanto. Yo pasaba ya por el hartó y el borracho sin haber probado, en verdad, el bocado más mínimo. Aquello llegaba, pues, a los límites del sacrificio y de la farsa más absurda, tanto que, como si ya, en efecto, estuviese borracho, hasta me atreví a dar un gran empujón al Baramecida, quien me dijo bondadoso:

–¡Ya hacía mucho tiempo que buscaba, sin encontrarle, a un hombre de buen humor! No tan sólo le perdono, pues, el golpe que me ha dado, sino que en adelante quiero no se separe de mí, y que este palacio sea como si fuese suyo. Así, pues, ahora, de las burlas pasaremos a las veras.

Y al decir esto llamó a sus criados y les hizo servir un banquete efectivo tan regio o más como el anterior de las burlas.

Después de todo aquello, Schacabac quedó como favorito del Baramecida durante los veinte años más que éste viviera; mas, por desgracia, al morir sin herederos este gran príncipe, el sultán le confiscó todos los bienes, y el pobre favorito tornó a quedar en la mayor miseria, por lo que se agregó a una caravana que iba a la Meca y que fue atacada por un pelotón de beduinos, quienes le despojaron de todo, haciéndole, además, su esclavo, después de haberle partido con un cuchillo los labios. Más tarde, celoso de que fuese el amante de su mujer, a quien tiranizaba, le dió de palos, abandonándole a su desgracia en la cumbre de una montaña, donde pude encontrarle y traerle conmigo, salvándole de una muerte cierta...

–He aquí, pues, señores míos, lo que referí al califa Mostanser Billah –terminó diciendo el barbero a sus compañeros de banquete–. Ya verán con ello cuán justamente merezco el epíteto de “el silencioso o el callado”, pese a las necesidades que el joven cojo ha ensartado contra mí.

No éramos nosotros de semejante opinión tampoco; pero, como tanto nos había entretenido el pícaro con sus relatos, consentimos de buen grado el que nos acompañase en el banquete.

–Al regreso de dicho banquete, Comendador de los creyentes –continuó diciendo el sastre–, fue cuando se nos presentó el jorobadito, bufón de vuestra majestad, a quien convidamos a cenar mi mujer y yo, ocurriendo la desgracia de que éste se atragantase con la espina de pescado y diese lugar con su muerte a la que ahora se cierne, señor, sobre nuestras cabezas, a menos que, como yo os suplico, si es que mi relato ha hallado gracia a tus ojos, nos perdonéis, indulgente, la vida...

\* \* \*

La precedente “Cena de las burlas” es todo un símbolo de nuestra vida sobre la Tierra. ¡Qué de ilusiones, en efecto, no nos forjamos en ella, ilusiones que la realidad impía se encarga de deshojar una a una, al tenor del célebre dicho de Espronceda:

Hojas del árbol caídas  
juguetes del viento son:

las ilusiones perdidas  
son hojas, ¡ay!, desprendidas  
del árbol del corazón.

Diríase que, en la proyectiva “enedimensional” de los mundos, aquese nuestro mundo físico o de “tercera dimensión” es la proyección, la sombra, la “maya ilusoria” de realidades superliminales que en nuestro aún vacilante lenguaje llamamos de “cuarta y ulteriores dimensiones”.

Por eso, cuando durante esta vida física buscamos las realidades superiores del espíritu, éstas se nos escapan como sombras, a la manera de como la mariposa sutil, volando en el espacio “tridimensional”, se escapa del plano “bidimensional” del reptil que pretende atraparla, y ésta cruel “cena de las burlas” en que caminamos, sin andar, comemos, sin comer, y asimos ilusoriamente lo inasequible, lleva a muchos al escepticismo, y a no pocos a la locura o el suicidio, precisamente por no tener la fe y la paciencia del mísero “Shaca-bad” el barbero, de seguir impávido y optimista el desarrollo de la comedia del Baramerida que, como todas las de su clase, acaba siendo de veras. ¿Qué es ciertamente un fracaso bien explotado sino la antecámara de un triunfo? ¿Qué es la triste “siembra” de esta vida, sino la futura cosecha de la Humanidad, cosecha en la que si de cada diez semillas perecen nueve, esta que queda, da luego ciento por uno?...

Pero faltaba algo ostensible y resonante a esta historieta de “El silencioso pordiosero”, y este algo nos le da el siguiente

#### **Final de la historia del jorobadito.**

–No puedo menos de convenir –dijo entonces el sultán de Casgar– en que la historia del joven cojo con su barbero, y las de los seis hermanos de éste, nos han admirado a todos tanto como la de mi bufón; pero antes de perdonaras a los cuatro, en gracia de ello y de hacer enterrar el cadáver del jorobadito, desearía conocer a ese barbero que motiva mi clemencia. ¡Traédmele, pues, que está en mi capital!

De allí a poco rato el sultán se vió complacido, siéndole traído a su presencia un hombre como de unos noventa años, con la barba y las cejas más blancas que la misma nieve, las orejas muy grandes y la mirada vivísima.

–¡Hombre silencioso! –le dijo festivamente el sultán, al verle–, puesto que dicen las gentes que cuenta usted tan maravillosas historias, ¿no podríais contarnos ahora alguna?

–Señor –replicó respetuosamente el anciano barbero–. Dejando a un lado, si gusta, cuantas historias pudiese ahora contarle, lo que sí suplico es que se me permita preguntar qué es lo que hacen aquí este cristiano, este judío, este musulmán, este sastre y este jorobadito tendido en el suelo.

–¿Qué le importa a usted? –opuso benévolamente el sultán.

–Mucho me importa, señor, a fin de que se convenza que no soy el charlatán que por ahí dicen las gentes– contestó el barbero.

Y luego de informado el viejo de la extraña historia, se puso a reconocer al jorobado y se echó a reír diciendo:

–¡Cuán cierto es aquello de que nadie se muere sin causa! –añadiendo: –Si hay en el mundo alguna historia digna de ser escrita en letras de oro, lo es esta del jorobadito, quien no está muerto, como se ha creído.

Y diciendo esto sacó del seno una redomita, con cuyo líquido frotó la garganta y las sienas del desdichado.

Luego, con unas pinzas le sacó de la garganta la espina enseñándosela a los circunstantes, con lo que al punto empezó a dar señales de vida el jorobado, que de allí a pocas horas ya estaba alegrando de nuevo al sultán con sus bufonadas.

Este último, asombrado del caso, le mandó escribir en letras de oro en los Anales del Reino, para enseñanza y ejemplo de las naciones venideras.

\* \* \*

Y en letras de oro, en efecto, debería estar escrito este momento final de la gran historia del bufón jorobadito, porque entraña todo el simbolismo de las religiones, quienes, creyendo muerto por “la espina del Pez” (o el Ictius cristiano) a jiboso, jorobadito (jiba, Ajib o Bija es la Religión-Sabiduría Primitiva), al tenor de la significación que a esta última palabra asignan las enseñanzas de Oriente **(1)**, se ven, gracias al “sabio silencioso”, con la sorpresa de que, cual la hija de Jairo resucitada por Jesús, “no está muerto, sino simplemente dormido”.

Es decir, que Bija, el jorobadito, pareció muerto primero a manos de gentes parsis o hindúes (“sasthras”, que no “sastres”), las cuales, aterrorizadas, echaron el muerto a gentes judías, éstas a gentes cristianas y éstas, en fin, a gentes árabes, porque es achaque general de todas las religiones positivas, desde el jainismo, el hinduismo y el parsismo antiguos hasta el judaísmo, cristianismo y mahometismo posteriores, “echar el muerto” al vecino, o sea descargar sobre él su crimen de haber muerto o “velado” y “re-velado” a aquella Enseñanza Primieval teosófica, mediante recíprocas excomuniones inútiles, hasta que llega, al fin, un gran Maestro-Barbero o Purificador y Terapeuta mágico, el cual, extrayendo la espina atravesada desde tiempo inmemorial en la “garganta de Bija”, le restituye su vida y esplendores primitivos...

¿Que tal interpretación resulta algo violenta? No lo creemos así; pero sobre ello no

podemos detenemos más, dejando a la intuición ocultista del lector el que juzgue por sí mismo.

Sólo nos queda, sí, pues que esto es en sí un verdadero apólogo, el ocupamos de El apólogo en “Las mil y una noches”

No cumpliríamos debidamente, en efecto, con la misión que nos hemos trazado en el presente libro si, al terminarle, dejásemos de consagrar un capítulo a la parte notabilísima que el apólogo, al tenor de su genuino carácter griego, juega en Las mil y una noches.

Ya en diversos pasajes anteriores hemos visto aparecer al apólogo en toda su pureza simbólica y educadora, tales como en los relativos a las fábulas de “El caballo, el buey y el labrador” , y en “El rey griego y el médico Durbán”, “El marido y el papagayo”, “El halcón del rey Sindabad”, “El visir castigado”, etc., de las notas del capítulo XIV. Pero todos ellos son meros pasajes sueltos e incidentales, sin formar cuerpo, por sí solos, como se forman ya en el admirable texto de Mardrus, bajo diversos títulos troncales, tales como “El diván de gentes alegres y desocupadas”, “Algunas tonterías del maestro de las risas y de las divisas”, “La escuela de los fáciles donaires”, “El jardín perfumado” y otros semejantes que por sí solos patentizan su relativa modernidad y su frívola índole, análoga ya a las literaturas picarescas de todas las lenguas en su decadencia.

Además, algunos de estos apólogos, los que tienen precisamente sabor más arcaico –no ocultan en su modernismo su raigambre lejana en las grandes obras gemelas de las de Las mil y una noches, tales como el “Hitopadesa” y las fábulas de Bidpai, de las que hablamos en el capítulo II y IX respectivamente, y esto es debido, sin duda, a que las sucesivas refundiciones sufridas por aquel texto a lo largo de los siglos y de sus renacimientos sucesivos, no pudieron menos de arrastrar consigo muchos elementos dispersos aquí y allá con cargo a estotros libros, máxime cuando la trascendencia de alguno de estos apólogos, tales como el de “El caballo, el buey y el labrador” (2), eran transparentes proclamas de la eterna y humana rebeldía, que hicieran, dijimos, con cargo al Barón Silvestre de Sacy, que cierto poderoso monarca hindú –el poderoso Abkkar, de quien habla la Introducción a La Doctrina Secreta, de H. P. B.– echase el resto de su poder y de sus tesoros para que las Fábulas de Bidpai desapareciesen de la India, donde eran conservadas secularmente con religiosa veneración.

Veamos, pues, a la ligera algunos de dichos cuentos o apólogos, base probable de los de Esopo y Fedro, como éstos a su vez lo fuesen, literalmente a veces, de los del

Lafontaine, francés, el Samaniego, español, el Andersen, inglés, el Schmid, alemán, etc.

### La oca y los pavos reales.

Este cuento es el elogio de la soberanía mental del hombre sobre todos los animales, para bien como para mal, y dice así:

La gallarda oca, admiración de pavos y de gansos, llega desolada a una isla huyendo de que se cumpla el terrible sueño que ha tenido tres noches seguidas, relativo a que los hombres, o sea los terribles hijos de Adán, la cogían, la desplumaban, la asaban y se la comían. Los pavos de aquella remota isla, nunca hallada por éstos, la reciben amistosamente; pero la dicen que ni aun allí se verá libre de las asechanzas de "los animales racionales de dos pies". Viene también el leopardo rojo, víctima de otros ensueños análogos y corrobora el dicho de los pavos añadiendo que los Ibn-Adán poseen tan invencible astucia y perfidia que tienen artificios para adueñarse de todos los animales, pues que con luces y redes engañan a los habitantes de las aguas; con halagos y castigos han domesticado al perro y al caballo; con el perro y el caballo se han enseñoreado del elefante, del toro y del lobo; con las flechas han dominado al águila, y con la invención del fuego, en fin, son señores absolutos de la vida y de la muerte de todos los animales. Llegan, en fin, el jumento, el camello y el toro contando análogos terrores. Sólo el león se ríe, fiado en sus terribles fuerzas diciendo: "¿Cómo un ser que no tiene mi piel, ni mis dientes, ni mis garras, ni mi valor, ni mi agilidad, ni mi vista penetrante, va a dominarme a mí?", y desiste de ir a la isla, para en el mundo humano desafiar cara a cara al despreciable hombre.

En el camino, el león ve venir a lo lejos a un extraño mono, viejo y de arrugada piel, con ocho grandes tablas y un canasto de herramientas extrañas sobre la cabeza. "¿Dónde vas, hermano mono?" -le dice el fiero león-. "Voy a construir en seguida una fuerte guarida al visir-leopardo, para defenderle contra las asechanzas de "Ibn-Adán" -le contestó el viejo mono-. "¡Pues constrúyeme otra a mí!" -replicó el león, y como el supuesto mono hiciese ademán de negárselo, le dió un amistoso toque con su garra que le hizo rodar maltrecho y aterrorizado, mientras el león, seguro de su fuerza, se le rió con soberbio desprecio.

El supuesto mono, humilde y sumiso ante el rey de las selvas, tomó reverente a éste las medidas de su cuerpo, y construyó un cajón al punto, invitándole respetuosamente a entrar en él, dejando fuera la cola, que el vejete enrolló, y tapando con cuidado la abertura, prendió fuego al cajón...

Esto contó el leopardo a los atribulados animales, añadiendo sentencioso: "¡Tú, oca, queriendo librarte del Destino, no haces sino tentarle inútilmente!", y, en efecto, momentos después, un barco aborda a la ignorada isla y sus marineros, de un certero flechazo, matan a la oca, y asándola, celebran alegres su primera comida en la isla donde la necia oca segura se creyó **(3)**.

El precioso cuento que antecede, respecto de la superioridad del hombre sobre los animales, tiene su complemento en estotro pasaje del Corán (Sura II, 28 y siguientes), donde Mahoma no hace sino repetir el dicho de San Pablo de que el hombre algún día juzgaría hasta a los ángeles, pues que su destino ("Colossenses", II, 15 y "Hebreos", II, 5-8) es el de someter a su dominio a las mismas Potestades

del Aire:

“Cuando Alah, en su infinita sabiduría, decidió establecer al hombre en la Tierra para que fuese en ella su símbolo y su divina semejanza, los ángeles o genios, a una, sintieron la mayor y más inexplicable de las extrañezas:

–¿Cómo? –se decían–. ¿Vais a establecer, Señor, por vicario vuestro en esa Tierra a un minúsculo, a un despreciable ser, que en ella no hará otra cosa que derramar sangre inocente y cometer todo género de desórdenes, mientras que nos vas a dejar aquí a nosotros que continuamente celebramos tus alabanzas y te glorificamos, proclamando sin cesar tu santidad?

— Yo sé bien aquello mismo que vosotros ignoráis –les respondió el Señor.

Alah, sin hacer caso alguno de semejantes extrañezas de los ángeles, trajo al primer hombre a la Tierra y le dió una mente adecuada para que pudiese tener ideas o pensamientos, reflejo directo de aquella infinita Mente suya, con la que ha creado el Universo. Con dicha mente, que del Señor bendito recibiera, Adán aprendió bien pronto a distinguir y nombrar cuantos seres vivos pululaban inquietos sobre la faz de la Tierra. Luego Alah hizo bajar a ésta a los ángeles para que se diese cuenta de la maravilla que acababa así de producir, y mostrándoles a Adán les dijo a los tan hermosos moradores del Cielo:

–Aquí tenéis todo cuanto en la Tierra vive y alienta. Vosotros, que tan por encima de Adán os creéis, porque el cuerpo de éste está amasado de roja arcilla, mientras el vuestro es etéreo y glorioso, ¿podrías nombrarme siquiera uno de esos seres que en torno de Adán estáis viendo y que le rinden homenaje como a un soberano?

–¡Alabado sea tu nombre, Señor! ¿Cómo quieres que podamos hacer tal cosa, si nosotros no poseemos más ciencia que la que tú has infiltrado en nuestra naturaleza al crearnos? ¿Cómo pretendes que demos nombre a las cosas, cuando nos es imposible conocerlas, puesto que carecemos de mente?

–Verdad es cuanto decís –respondió Alah–; pero ahora vais a ver de lo que es capaz este Adán, a quien despreciabais hace poco.

Y llamando el Señor a Adán, le ordenó sin tardanza:

–Dinos uno por uno los nombres de todos estos seres y para lo que sirven.

Adán, obediente al mandato del Señor, fue enumerando todos los seres que sucesivamente desfilaban ante su vista, con cuantas particularidades les caracterizaba.

Y cuando Adán hubo hecho así, con el más inaudito asombro por parte de la cohorte angélica, que no era capaz de tanto, replicó a estos últimos:

–¿No os dije que yo sé lo que sabéis vosotros?

Y, seguidamente, Dios hizo a todos los ángeles que adorasen a Adán, porque tenía mente, es decir, una Divina chispa de aquella infinita fuente Divina con la que ha



sido creado el Universo... (4)

Otro lindísimo cuento, que testimonia elocuentemente la pequeñez de los grandes y la grandeza de los pequeños, es el siguiente de

### **El alción y la tortuga**

“Al lado del alción trajo un día la corriente del río el cadáver de un ajusticiado. “¡Bendito sea Aquel que hace servir a los malos, después de muertos, para alimento de los buenos!”, y se dispuso a comer de él; pero los buitres y las águilas que llegan se lo impiden, por lo que se ve precisado a abandonar su presa diciendo con el sabio: “Si bajo la tienda que te alberga y en tu mismo país llega a habitar un rostro desagradable, no vaciles: idéjale tu tienda, y huye!”

Así sigue el pobre alción su triste destino, viendo siempre que los perversos y poderosos le arrebatában su sustento dondequiera que fuese y sin justicia. Hasta que, hastiado, traba amistad con una tortuga modesta e infeliz, dura por fuera y dulce por dentro, y con cuya noble compañía aprecia, al fin, el valor de la amistad de los humildes exclamando: “¿Qué sería la vida sin amigos y sin las conversaciones con los amigos, y sin las risas y canciones con los amigos?” El sabio es el que sabe encontrar amigos conforme a su temperamento, pues no se pueden considerar tales aquellos con quienes hay que tratar por razón del oficio.

–¡Tienen alas, pero no las utilizan!– “Llor al Señor, que da riquezas a unos y pobreza a otros. Sus designios son sabios y bien calculados. ¡Cuántos pobres son ricos en sonrisas y cuántos ricos pobres en alegría!”

Y no se crea que Mardrús ha agotado, ni siquiera reflejado, sino una pequeña parte del tesoro de apólogos, arrastrados desde la vieja India hasta la joven Europa por ese mezcladísimo aluvión que llamamos Las mil y una noches. No hay publicación europea de la índole de los llamados en Francia “Magasins pittoresque” que no tenga docenas, cientos de ellos. Sirvan de muestra los siguientes, que no tienen desperdicio, como vulgarmente se dice:

### **Los tres amigos.**

“Un hombre tenía tres amigos. Dos de ellos le eran muy queridos, pero el tercero le era casi indiferente, aunque él le mostraba siempre la mayor adhesión. Un día el buen hombre fue llamado ante la Justicia. “¿Quién de vosotros –les dijo a sus amigos– quiere venir conmigo a deponer en mi favor? Una terrible acusación pesa sobre mí.” El primero de los tres amigos, al instante se excusó de acompañarle: “¡Tengo tanto que hacer hoy!”, dijo. El amigo segundo, aunque no con mucho gusto, le acompañó hasta las puertas del Tribunal, puertas que no se atrevió a trasponer. Pero el tercero, en cambio, aquel con quien nunca creyera poder contar, entró con él ante los jueces; habló elocuentemente en su favor y testificó de su inocencia en términos tales, que el acusado fué, en el acto, absuelto...”

El hombre tiene tres amigos en este mundo, que se conducen con él de bien diferente manera cuando Alah le llama a juicio. El dinero, su amigo predilecto, le

abandona en el acto; sus parientes y amigos le acompañan hasta el borde de la tumba. ¡Sólo sus buenas obras son las que le acompañan allende el sepulcro, y en el otro mundo deponen salvadoras en su favor!...

### **El cuervo y el gato de Algalia**

El cuervo y el gato, grandes y antiguos amigos, se ven sorprendidos por el más fiero tigre de la comarca. Aquél se ríe del peligro volando sobre la fiera de la selva, mientras que éste, acosado, está a punto de sucumbir. Entonces el cuervo discurre la siguiente treta para salvar a su amigo: vuela lejos, al sitio donde posan los perros del ganado, y picándolos en la cabeza, vuela delante de ellos como dejándose coger. Así va llevando a los mastines hasta el lugar donde su amigo el gato va a caer bajo las garras del tigre, quien, al ver venir ala numerosa jauría, huye espantado...

Este frívolo cuentecillo tiene de similares los mucho más perfectos siguientes que se conservan en nuestra literatura europea, a saber:

### **El estornino sediento, o “más vale maña que fuerza”**

Un sediento estornino encuentra una botella llena de agua hasta la mitad solamente. Introduce primero su pico, sin alcanzar, por desgracia, al nivel del agua. Ante su suplicio a lo Sísifo, quiere romper el cristal de la botella, pero su débil pico no logra agujerearla; por último, trata de derribarla para que el líquido se vertiese, mas, ¡empresa vana!, porque el peso de la vasija resiste al pobre empuje de su alado cuerpecillo. Entonces recurre inspirado a este medio salvador: coger con su pico e ir depositando una a una en la botella las pedrezuelas del camino. Éstas, al caer al fondo, fueron haciendo elevarse más y más el nivel del agua en la vasija hasta que, rebosando ésta, pudo saciar su sed al fin el estornino, quien exclamó triunfal: “¡Más vale maña que fuerza!”

El segundo de los cuentos a que aludimos “es todavía más hermoso y de más oriental factura, aunque tampoco figure en la colección Mardrús y sí en la obra Filosofía Yoga, del Svami Vivekananda, y es como sigue:

### **La astucia de un visir**

Cierto sabio visir, con justicia o sin ella, cayó en desgracia de su sultán, el cual le confinó en enhiesta torre de marfil. Allí, lejos de todo auxilio humano, discurrió para escapar de su prisión la siguiente treta: “Tráeme, si quieres salvarme –le dijo a su fiel esposa, que había venido a visitarle al pie de la torre–, los objetos siguientes: una maroma, una cuerda de cáñamo, otra de fina seda, las tres de la altura de esta torre, y también un escarabajo y unas gotas de miel.” La amante esposa aportó al punto los objetos pedidos, aunque sin acertar a comprender su verdadera aplicación para la libertad del cautivo. Éste tornó entonces a decirla:

“Pon el escarabajo sobre la pared de la torre y úntale las antenas con la gota de miel, después de haberle atado la hebra de seda a la pata trasera.” La treta del visir surtió el efecto deseado, porque el animalejo, olfateando la miel, comenzó a caminar torre arriba hasta que, ya en la cúspide, cayó en manos del prisionero. Lo demás resultó facilísimo, como es de colegir, porque dueño del escarabajo, el visir lo fue también de la hebra de seda, a cuyo extremo inferior la esposa ató luego la de

cáñamo y en fin la gruesa maroma que, sujeta en una de las almenas, le permitió descolgarse por ella sin ser visto y huir..

El cuentecillo podrá ser más o menos verosímil; pero ¡cuántas veces no procedemos como el pícaro visir en las más insuperables dificultades de la vida y en las que la tenue hebra de seda de un sutilísimo pensamiento va tomando poco a poco grosores de cuerda y de maroma, quiero decir, firmeza y consistencia, hasta llenar el mundo con su influjo! Un juego de chiquillos hace descubrir el paralelogramo de Watt, base de toda la maquinaria moderna; la caída de una simple manzana a los pies de Newton es la "hebra de seda", por la que asciende a la lucubración sublime de la gravitación universal; una imprudente bofetada de un oficial irascible dada a Bolívar en el puente de Toledo de Madrid, le hace a éste jurar venganza y le mueve a partir hacia las colonias americanas, donde pocos años después es proclamado "El Libertador", tras una gloriosa campaña emancipadora de aquellas hermosas tierras... ¿Quién puede dudar, después de esto, que lo grande se apoya en lo pequeño como de átomos se componen los más esplendentes mundos?

Pero volviendo a las fabulitas de Las mil y una noches intercaladas en el texto de Mardrús, diremos que si algunas, por su rudeza e ingenuo sensualismo no son para leídas, otras son verdadera "escuela de donaires", como la mejor de las novelas picarescas de nuestra literatura. Véase si no la siguiente de

#### **Las babuchas fatídicas**

Abu Cassem el Tamburí era un droguero célebre por su avaricia. A costa de mil acciones villanas había logrado reunir un considerable capital, del que el Destino burlón hubo de privarle, merced, ¿quién lo diría?, a sus babuchas...

Porque es el caso que el odioso droguero tenía unas babuchas tan viejas, remendadas y claveteadas, que pesaban un quintal, causa de su perdición, como vamos a referir.

Cierto día el buen Abu Cassem se decide a ir al hammán o casa de baños; pero como estaba tan sucio, el bañero precisó emplear en él tanto tiempo que cuando terminó la faena ya no quedaba nadie en el establecimiento sino el cadí, quien, como es costumbre, había dejado a la puerta del baño contiguo sus magníficas pantuflas de cuero amarillo-limón. "¡Alah me las envía, sin duda!", exclamó el pícaro droguero, al par que le deja las suyas al cadí. Éste, indignado, le hace dar cien palos, amén de imponerle una fuerte multa. Exasperado Abu Cassem contra sus inservibles babuchas, causa inconsciente de su daño, las tira rabioso al mar, donde se enredan en las redes de unos pescadores, los que, al descubrirlas y reconocerlas como del droguero por lo sucias, le denuncian, haciéndole multar de nuevo y castigar.

Queriendo ya deshacerse de las babuchas el droguero, va sigilosamente a enterrarlas en el jardín del walí, donde es sorprendido por los guardias y castigado de nuevo por creer que buscaba algún tesoro, o maquinaba algún plan siniestro contra la autoridad. Entonces las tira al canal, pero arrastradas por las aguas hasta el próximo molino de por bajo destroza con sus clavos las muelas del artefacto, por lo cual es multado otra vez. Loco ya y sin saber qué hacer con semejantes alhajas funestas, las deja sencillamente sobre el terrado de su casa, donde un perro

juguetón las deja caer desde la altura sobre una pobre vieja, a quien matan... Entonces el cuitado va solemnemente a depositarlas a los pies del cadí contándole toda su desventura, y el cadí le dice: "¡Tú, por siniestros caminos enriqueciste, ignorando que Alah, el gran Retribuidor, nos hace pobres y ricos a su arbitrio! ¡Vete, y no peques más contra él!..." El droguero, desde entonces, dando lo suyo a los pobres, fué un modelo de virtudes, muriendo en fama de santidad (5).

### **El cadí y el buche o jumentillo**

Los padres de cierta linda joven, necios y codiciosos, se la dan en matrimonio, y contra la voluntad de ella, al viejo y asqueroso cadí. Como era de temer, de allí a poco la esposa burla al marido con un joven amante, a quien avisaba la presencia o ausencia del cadí poniendo respectivamente un pañuelo blanco o un pañuelo rojo en el alféizar de la ventana. Pero un buen día, la pícara confunde los pañuelos, y al entrar el amante se da de manos a boca con el celoso cadí, el cual le encierra bonitamente en un arcón para echarle por la noche al río.

Luego cambia de opinión y se lanza hacia el hammán como un loco en busca del walí. La mujer se percata de la situación, y, no pudiendo auxiliar de momento al amante, se va a la puerta del hammán, donde compra a una vendedora de garbanzos tostados su velo y su cesta vacía, con lo que se disfraza, y yendo a su casa liberta al amante al fin, poniendo en su lugar en el arcón a un buchecillo o asnito recién nacido. Vuelve luego rápidamente al hammán al encuentro del marido y llama e invoca contra él a la Justicia, lamentándose a gritos de la locura de su marido, quien, en su delirio, creyendo que se trataba de un amante, sólo ha encerrado en el arcón a un mísero jumentillo. El marido, al verse así triplemente burlado, monta en cólera y cae víctima de la congestión, con lo que no hay que decir que, libres ya de él los amantes, no tardaron en desposarse legalmente, siendo felicísimos el resto de sus días...

Renunciamos a transcribir otras fábulas más o menos infantiles y en las que se ve la mano ya de un pueblo simplón e ignorante, bien distinto del primitivo que avalorase con su saber el gran libro que nos ocupa; pero no cerraremos este capítulo sin extractar algunas sentencias admirables de las que matizan aquí y allá estos cuentecillos, compendiando parte de la ciencia oriental que en el Corán resplandece.

Es uno de estos pasajes la disertación acerca de algunos puntos fundamentales religiosos, tales como el de la razón y la plegaria, que dice así:

–¿Cómo sabes que Alah existe? Porque mi propia razón no me lo demuestra.

–Y ¿qué es la razón?

–La razón es un doble don: innato y adquirido. La razón innata (intuición) es la que puso Alah en el corazón de los servidores escogidos para hacerles que caminen por la senda de la verdad. Y la razón adquirida es, en el hombre bien dotado, el fruto de

la educación y de una constante labor.

–Pero, ¿dónde reside la razón?

–¡En nuestro corazón, desde donde se elevan sus inspiraciones hacia nuestro cerebro para allí establecer su domicilio!

–¿Cómo aprendiste a conocer al Profeta?

–Por la lectura del libro de Alah, por las sentencias que contiene, por las pruebas y testimonios de su divina misión.

–¿Cuáles son los frutos de la plegaria?

–La plegaria verdaderamente hermosa no tiene utilidad terrena alguna. ¡Es sólo el lazo espiritual entre la criatura y su Señor! Puede producir diez frutos inmateriales y mucho más hermosos que los tangibles: aclara el corazón, ilumina el semblante, complace al Clementísimo, excita el furor del Maligno, atrae la misericordia, aleja los maleficios, preserva del error, resguarda contra los enemigos, fortalece al espíritu vacilante y acerca al esclavo a su Señor **(6)**.

\*\*\*

¿A qué seguir con más apólogos de los de Mardrús? El carácter más moderno y como sobrepuesta de ellos revela la acción de una mano posterior, un nexa, una caída hacia el Hitopadesa como libro hecho para gentes inferiores, capaces de comprender la fábula pero incapaces de remontarse a la abstracción del símbolo, tanto que, de cualquiera de aquellos, a simbolismos como los que acabamos de ver en “El barbero y el jorobadito”, media un mundo; ese mundo que separa las castas sacerdotal o guerrera de las otras dos inferiores para las que los apólogos parecen hechos.

Muchas de las “parábolas” de Jesús y de las de Mahoma son también, históricamente, verdaderos apólogos de índole y estilo oriental, adecuados a la barbarie e inferioridad mental de los pueblos a quienes las destinaron. El género pasó, en fin, a la Grecia clásica y a Roma para llegar hasta nosotros reducido al *mínimum* de originalidad y de mérito.

Pero su verdadero carácter no ha sido comprendido en toda su plenitud por los pueblos europeos, pues que así como a las representaciones religiosas de sus “dioses” o “santos” las llaman “imágenes” y a las de los otros pueblos “ídolos”, siguen viendo apólogos en las fábulas de Esopo y ya no ven el apólogo en parábolas como las de “Los talentos”, “El hijo pródigo” y “el sembrador”, que en esto de medir con una medida las cosas propias y con otra las ajenas son maestros

de perfidia los infatuados pueblos nuestros, más atentos a desarrollar una cultura puramente material que a admirar esos refinamientos de la moral efectiva interior y de la justicia distributiva en los que tienen tanto que aprender de los pueblos del pasado, de los que se burlan como los chicos mal educados y de torcidas almas se burlan de los viejos, a quienes todo lo deben.

(1) Este significado, repetimos, se da, al tenor de las enseñanzas de H. P. B., en las págs. 368 a 372, capítulo último de nuestra Simbología Arcaica, adonde, para ahorrarnos explicaciones, remitimos al lector.

(2) Esta fábula es la “Fábula de la rebeldía”, y nos enseña el peligro que hay en todas ellas si el rebelde es “buey” y no “toro”, es decir, si no sabe arrostrar las consecuencias que hay que vencer al rebelarse, porque en el acto de toda rebelión, se renuncia al estado de tranquilidad anterior, ora para bien, si se triunfa, ora para mal si la derrota sobreviene. La propia vulgaridad de este mísero mundo no es sino el inestable y siempre cambiante equilibrio entre las fuerzas rebeldes y progresivas del Bien (o Magia Blanca) y las retardatrices y tiranizadoras del Mal (o Magia Negra).

(3) Conviene precaverse contra el fatalismo del Destino, no olvidando que éste puede ser pagado por partes, o bien compensado al tenor de la sentencia astrológica de que el hombre es o puede hacerse siempre superior a su Destino, al tenor del aforismo de que “los astros inclinan, pero no obligan”.

(4) Otra variante del cuento de la oca está contenida en el de “El lobo, el perro de Ibn Adán”, la cual dice que el zorro propuso cierto día al lobo una estrecha alianza contra Ibn Adán, a lo que el lobo contesta con desprecio, fiado en su astucia y su poder; pero el zorro, resentido y más astuto aún, se venga de él haciéndole caer en un cepo que en su villa había puesto Ibn Adán. Allí, para distraerle, le refiere varios admirables apólogos, tales como el de “El halcón y la perdiz”, “El hombre y la serpiente”, “El aldeano cobarde” y otros, donde se hallan sentencias como éstas: –Nada cuentas si no te lo piden, ni contestes sin que te pregunten. No prodigues consejos a quienes no han de comprenderlos, ni se los des a los malos poda ojeriza que te tomarían por el bien que quisieras hacerles.” “Siembra generosamente los granos de tu bondad, hasta en los terrenos que te parezcan estériles. El sembrador tarde o temprano recogerá frutos que superen a sus esperanzas.” “Todo tiene remedio, menos la muerte; todo puede corromperse, menos el diamante; y de todo puede uno librarse, menos del Destino.”

(5) Notable es lo que se cuenta de otro renunciador semejante: Ab-del-Kader, el Chilali, de Bagdad. Este santo asceta repartió todos sus bienes a los pobres, limitándose a mendigar a la puerta de la Mezquita. Alguien que le conociese en su antigua magnificencia, le ofrece, compadecido, 400 monedas de oro, las cuales son rechazadas por el santo, diciendo: “¿Has visto tú a alguien que venda por menos precio del que compró?”

(6) Los últimos tomos de Mardrús-Blasco Ibáñez están consagrados en su mayoría al “apólogo”, pero nosotros no podemos descender al detalle de estos apólogos, que, por otra parte, carecen de interés, y hasta alboran la ulterior literatura picaresca de los demás países, tales como los que llevan los títulos insulsos de “La malicia de las esposas”; “El maestro de escuela lisiado”; “El jinete chino”; “Wardán, el carnicero”; “El califa en el cesto”; “¿Mujeres, o jovenzuelos?”; “El falso califa”; “Pierna de carnero”; “Las agujetas”; “El adulterino simpático”; “El reparto”; “El cadí avisado”; “El felah de hijos blancos”; “Flor de granada”; “Kadí, padre del cuesco”; “La hija del vendedor de garbanzos”; “El desligador”; “El barbero emasculado”; “Fairur y su esposa”; “El poeta Doreib”; “La venganza del rey Hojjz”; “El parásito”; “La favorita del Destino”; “El collar fúnebre”; “Omar el separador”; “Wahba la cantarina”; “La joven de la fuente”; “La tentación del pastor”, y algunas otras bajo los nombres genéricos de “Los tragaluces del saber”; “El libro de las divisas y de las risas”; “Los consejos de la generosidad y de la experiencia”

EL VELO DE ISIS  
Mario Roso de Luna